

ARMONIAS

IGNORANCIA

UN INDIVIDUO que se firma, Roberto Díaz, me plantea las siguientes preguntas para que las conteste públicamente.

—¿Cómo justifica usted la mala capacidad inventiva (no sabe decir «inventiva») del negro?

—¿No es la raza negra inferior desde el punto de vista de la belleza?

—¿Cómo explicar el hecho de que África permanezca en un estado de primitivismo salvaje mientras los pueblos blancos hacen la civilización.

Opino que a estas alturas de la instrucción popular, la primera es la única de las preguntas que merece los honores de la contestación. Paso a ofrecérsela con las siguientes reflexiones.

Gustavo E. URRUTIA.

EL HOMBRE ACTUA SEGUN PIENSA

En estos días, cuando el prejuicio social en muchas partes del mundo está volviéndose más agudo, como suele suceder con todos los prejuicios, resulta cada vez más importante para la mente alerta y escrutadora descubrir si existe algún motivo para creer en la superioridad de una raza sobre otra. Dicho se está que cada raza tiene ciertas superioridades peculiares. Por ejemplo, en todos los climas, a no ser que se le impongan taras especiales, el chino será más próspero económicamente, que el blanco. Pero, en cuanto a imaginación, a espíritu pionero, el hombre blanco parece superior al chino. Ejemplos semejantes pueden aplicarse a cualquier raza. Ninguna es más importante ni más necesaria que otra en el mundo. En lo que yo he podido descubrir, no hay raza que sea genuina y esencialmente superior o inferior a todas las otras.

Por averiguado que siempre habrá personas preocupadas que nieguen este aserto. Hace varios años, oí a un conocido profesor de enseñanza superior decir que sus alumnos negros no igualaban a los blancos y él creía que era por inferioridad racial.

Tuve ocasión de conocer muy bien esa universidad y comprobé que este criterio estaba mal fundado. En primer lugar, él tenía muy pocos alumnos negros, y, en segundo lugar, las condiciones en que estos estudiantes tenían que vivir era como para dárles un fatal sentido de inferioridad irremediable. Y, puesto que tendemos a ser lo que creemos ser, no hay duda de que los estudiantes negros son menos capaces de lo que ellos, realmente podrían serlo si hubiesen tenido las mismas oportunidades que los estudiantes blancos.

Este asunto de fijar en nuestras mentes lo que realmente somos y lo que somos capaces de hacer, es cosa en extremo importante; en efecto, estoy persuadida de que es el paso más importante que damos al entrar en nuestra madurez o cuando ayudamos a otro a entrar en la suya.

Todos tenemos que descubrir de algún modo la verdadera posesión entre un necio desdén hacia uno mismo y un orgullo de sí mismo igualmente necio. La mayoría de nosotros oscilamos no poco entre los dos extremos y algunos nos frustramos por vivir en un extremo o en el otro.

Desdichadamente, también, la mayoría de nosotros estamos tarados por el ambiente original de nuestros hogares y nuestros pueblos, y puede costarnos largos años el sustraernos de tales influencias. Algunos de nosotros jamás nos liberamos y morimos esclavos hasta de lo que la gente piensa de nosotros. A lo largo de la vida nunca mantenemos nuestras mentes serenas y confiadas en lo que realmente somos y en lo que somos capaces de hacer.

Por tal razón es sumamente importante que todos los que tengan que hacer con los jóvenes los ayuden desde el principio a tener confianza en sí mismos, no solamente como individuos sino como grupos raciales. Desde luego que eso es aplicable especialmente a la juventud negra. Yo percibo en ella un remoto complejo tanto más deplorable cuanto que es esencialmente innecesario.

Aproveché la oportunidad, hace pocos días, de formular a la jefa de una biblioteca de Harlem, la misma pregunta que tengo hecha muchas veces:—«¿Cree usted, por sus observaciones y experiencias, que hay inferioridad en la mente del negro comparada con la del blanco?»

Su contestación fué significativa, y no la olvidaré. Dijo ella:—«No hay diferencia inherente. El uno es tan capaz como el otro. Pero yo he observado esto: el niño negro avanza ávida y alegrementemente durante sus primeros años. Es creador, intensamente imaginativo y muy sensible. Pero en la adolescencia viene el «shock» y una detención parcial. No hay causa fisiológica alguna. La causa es psicológica. Descubre que se le obstaculiza. Sus oportunidades no son las mismas de sus condiscipulos y amigos. Se le reprimen sus ambiciones. Sus esperanzas son infructuosas y su «espíritu se aplana indebidamente».

Después procedió a ponerme como ejemplo la historia de un mozallete negro cuyo anhelo del alma era hacerse arquitecto, pero que no pudo hallar una plaza en ninguna oficina de New York y que se estaba malogrando patéticamente. Ese muchacho quedará anulado y deprimido por toda su vida.

Para mí, no cabe duda de que ésta es la verdadera explicación de la teoría que a veces he oído y por la cual, después de la adolescencia los estudiantes negros no aprovechan tan rápidamente como los blancos a pesar de que durante la infancia unos y otros son casi lo mismo. Tampoco es una razón el decir que si el negro tuviese suficiente habilidad se sobrepondría a su ambiente.

La verdad es que muy pocos de nosotros nos sobreponemos a nuestro ambiente, cualquiera que sea nuestra raza; y, habida cuenta de las circunstancias inmensamente más difíciles del negro, él probablemente vence por lo menos en tantos casos como el blanco, si no es que pro-

porcionalmente vence en más ocasiones que éste. Ciertamente, ésta es mi impresión cada vez más robusta.

Lo que debe hacerse en este caso es, por supuesto, la cuestión inmediata, pues si nuestra juventud negra está creciendo con una conciencia—beligerante o pasiva—de inferioridad, ello es trágico. Es claro que se necesita, por todas las vías posibles y por todos los métodos posibles, que tratemos de hacer el ambiente y las oportunidades idénticos para ambos, el negro y el blanco. Esta es la única meta esencial. Pero el avance hacia la meta es lento y está obstruido por personas prejuiciosas e ignorantes, y no basta con trabajar sobre las circunstancias externas descuidando el espíritu. Creo que es lo más importante inculcar el espíritu del propio respeto primero, pues ese espíritu entonces empezará a actuar sobre su obligado ambiente y a modelarlo. Porque mientras la gente se siente mentalmente intimidada, desanimada o inferior, es incapaz de triunfar y hasta de sentirse apta para anhelar el triunfo.

Es, por tanto, de suprema importancia que todas las personas inteligentes, y por modo especial aquellas relacionadas con la educación y el aprendizaje de la juventud negra, reconozcan lo esencial de producir y mantener una actitud de verdadera estimación y propio respeto.

El proceso debe empezar mucho antes de la adolescencia para apercibirse contra la hora trágica en que un joven o una muchacha se asoman a la vida desesperanzados por causa de la sangre que corre por sus venas.

Eso no está bien: esa hora no es necesaria, y la tragedia más honda es aquella que no tiene razón de ser. Ciertamente que las condiciones en que el negro tiene que vivir en su patria son perversamente injustas y que no hay esfuerzo que omitir para mejorarlas. Pero a esta iniquidad no debemos añadir la perversidad de la desesperanza y un erróneo sentido de inferioridad que seca la vida en sus raíces antes de florecer y que produce una inferioridad efectiva como resultado inevitable.

Crear inteligentemente en uno mismo, en la raza de uno y en lo necesario que uno es a su Nación y a su época, es manantial de tranquilidad para el espíritu y de pertenencia para las proezas.

El formidable artículo que precede

es de la bella y brillante escritora blanca Mrs. Pearl S. Buck, autora de «The Good Earth», «Sons» y «The Mother». Se publicó originalmente en la revista neoyorquina de sociología negra «Opportunity» y fué traducida por mí y reproducido en las «Armonias» el 6 de Enero de 1934.

EL MARTES: «La carrera política».

ARMONIA DOCUMENTAL

Marzo 1936
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA